HILO DORADO



VERÓNICA GAREY

Contenido

HILO DORADO

Ellie

Ellie

Ellie

Ellie

Ellie

Kiran

Ellie

Nota de la autora

Sinopsis

Otras obras de la autora

HILO DORADO

VERÓNICA GAREY

HILO DORADO

ción: febrero de 2025
ortada: Verónica Garey @vrgarey

Obra registrada. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

Para *Ese* imposible de olvidar…

Ellie

El «día»: 22/12/2024

Mis amigas me adelantan el paso, y decido acelerar. Vamos con prisas, para no variar. Comienzo a dar zancadas de forma distinta, dejando que mis pies se muevan de manera automática; lo único que logro hacer es seguirlos. Un viento fuerte sopla, ayudándome en el proceso, pero tomo otra dirección sin darme cuenta de hacia dónde me dirijo, hasta que escucho a mis amigas gritar mi nombre. En ese instante, me percato de que estoy cruzando la carretera sin mirar.

Varios cláxones ensordecedores invaden mis oídos, y al girarme hacia la izquierda, dos luces cegadoras se acercan a toda velocidad. De pronto, el rugido de un motor irrumpe en la escena, y algo oscuro aparece a gran velocidad. Inmediatamente, siento una presión firme en mi cintura. Me levantan con fuerza y, antes de asimilar lo que ocurre, ya estoy sentada de lado sobre algo confortable, a salvo. Es un motorista. Un chico; quien acaba de evitar que sea arrollada por el vehículo.

Algo cambia en el aire a nuestro alrededor, como si la atmósfera se estuviera abriendo. Aunque, en realidad, creo que ya había empezado a cambiar desde el momento en que crucé la carretera.

Y entonces, regresa también un olor.

Un recuerdo.

Luz.

Felicidad.

Me siento desorientada. Cierro los ojos, apoyo la cabeza en la clavícula del motorista y el olor a cuero de su cazadora se filtra en mi cuerpo, impregnándose en cada una de mis células.

La moto se detiene. Abro los ojos.

La parte frontal de su casco es negra. No puedo verlo, pero, aun así, lo siento. Es como si lo conociera de antes o… de siempre.

—¡Ellie, ¿estás bien?! —una de mis amigas grita mi nombre desde el otro lado de la calle.

No sé quién ha sido. Lo único que sé es que no puedo separarme de la energía que sigue emanando de él. Me doy cuenta de que estamos detenidos justo al lado del semáforo. Está en rojo.

El motorista se mueve. Su mano, aún en mi cintura, se desliza con suavidad mientras usa ambas para ayudarme a ponerme de pie en la acera.

Ahora debería sentirme a salvo y, sin embargo, abro y cierro las palmas de mis manos con la sensación de estar perdiendo el equilibrio.

Su casco negro sigue fijo en mí. En los laterales de la parte inferior, unas líneas gruesas y blancas destacan sobre la superficie oscura. Siento sus ojos atravesar la visera opaca, clavándose en mi rostro.

Seguimos inmóviles hasta que, desde el otro lado de la carretera, escucho nuevamente mi

nombre. Esta vez, reconozco la voz de Inara advirtiéndome en voz alta que no cruce la calle. *Como si pudiera hacerlo*…

El motorista desvía su mirada hacia el semáforo, que ahora cambia a verde. Aprieta con más fuerza el manillar derecho, tensando su guante de piel, y acelera dos veces, como una señal silenciosa de que debe irse.

El tubo de escape ruge con fuerza, pero con un sonido limpio. Las ruedas comienzan a deslizarse hacia adelante, con suavidad, y mi corazón se acelera, como si de repente me faltara el aire.

Una necesidad incipiente me impulsa a dar un paso al frente antes de que se vaya. Y lo hago. Con delicadeza, apoyo los dedos sobre su casco, lo que provoca que se gire hacia mí. Me aproximo aún más, sujeto el casco con ambas manos y deposito un beso lento y suave en la zona derecha de su mandíbula.

—Gracias —le susurro.

Me aparto, sintiendo cada milímetro de la distancia que ahora nos separa.

Él mueve su mano enguantada hasta la pieza de apertura de su casco y, con el pulgar y el índice, levanta la visera, revelando parte de su rostro.

Me encuentro con sus ojos inclinados hacia abajo, fijos en mis labios.

Y, de pronto, el recuerdo regresa. Una vida. *La Vida*. También un olor a brisa y sal marina. A naturaleza.

Una celebración.

Más felicidad.

Sus párpados se mueven a cámara lenta, mientras alza la vista, y nuestros ojos se encuentran, fusionándose en un instante que parece pertenecer a otra dimensión.

Por un momento, me pregunto si él también ha visto lo mismo que yo. Si ambos estuvimos allí. Él, con esta misma expresión en sus ojos verdes. Los mismos que siguen contemplándome, sin apartarse. ¿Quién es este chico?

Las palpitaciones de mi corazón se intensifican.

La luz verde del semáforo se refleja en el lado derecho de su casco antes de volver a cambiar a rojo, indicándome que es el momento de cruzar.

El momento de seguir con mi vida, esa en la que siempre voy acelerada.

No sé qué hacer. Doy un paso atrás; me preparo para marcharme, pero, de forma inesperada, el motorista me sujeta del brazo. Y, otra vez, esa sensación de unión absoluta me invade, abarcando cada fibra de mi ser. Es algo que no puedo expresar con palabras.

Es el inicio de… *todo*. La fuente de la felicidad extendiéndose por mi estómago.

Ninguno de los dos logra hablar. Quisiera poder explicar lo que está sucediendo, lo que estoy experimentando, pero no puedo.

Él tampoco dice nada. El aire mueve mi cabello y siento cómo el tiempo avanza a cámara lenta frente a nosotros.

El muñeco peatonal, verde, llama mi atención cuando empieza a parpadear. Desvío la mirada hacia el otro lado de la calle y veo a mis amigas mirándonos, haciendo varios gestos para que regrese con ellas. Eso es lo que me impulsa a mover los pies hacia atrás, provocando que pierda el contacto de su mano con mi brazo.

El motorista baja su visera de un manotazo, como si lo hiciera para no ver cómo me voy. Me lanzo a caminar por el paso de peatones. Lo hago sintiendo cómo mis pies se hacen cada vez más pesados a medida que cruzo la calle, alejándome. Como si lo hiciera hacia un pozo sin salida, hacia la oscuridad.

Cuando llego al otro lado, me giro hacia el motorista con la sensación de estar perdiendo algo muy valioso. El semáforo ya le ha dado vía libre y lo veo salir disparado, acelerando al máximo. El rugido de la moto retumba en el aire, con un sonido agrio, que desprende el amargo sabor a despedida.

Se aleja.

Y se quiebra.

—Ellie, ¿estás bien?

Mis amigas comienzan a hablar, una tras otra.

—¿Quién era ese chico?

—¿Te ha dicho su nombre?

—¿Era guapo?

El vacío regresa a mí, lo siento de nuevo metiéndose en mi pecho como una sombra.

Ese mismo vacío que siempre me había acompañado… toda mi vida. Hasta hoy, hasta el momento en que ese motorista se cruzó en mi camino.

Sin embargo, el aire sigue quebrándose, rompiendo todo a su paso. Deja una despiadada grieta oscura, igual a la de una taza rota.

Ellie

Una semana después

Observo con detenimiento el dibujo que llevo días haciendo, por si acaso se me hubiera escapado algún detalle. Era necesario retenerlo en mi memoria de alguna manera, y tengo que reconocer que no se me da mal dibujar. Así que decidí ilustrar su imagen: la del rostro del motorista.

Necesitaba plasmarlo en papel para evitar que se me olvidara aquel semblante que vi.

Bueno, *una parte* de él.

El casco negro del motorista tiene trazadas las luces de neón de colores verde y azul, reflejadas por los locales de la calle. En sus laterales, unas grandes líneas blancas parecen formar la letra K.

Pude fijarme en ese detalle porque, ese día, mis amigas decidieron hacernos una fotografía, como si también ellas hubieran percibido que algo mágico estaba sucediendo entre nosotros y quisieran registrarlo. Y se lo agradezco. Fue el momento en el que el motorista levantó la visera de su casco. En la imagen, nosotros no nos vemos con claridad, pero la moto sí. Es grande, como el chico que está sobre ella, y de color negro, con delicadas líneas blancas.

Sigo contemplando la ilustración.

La visera del motorista, también negra, está levantada, dejando al descubierto una parte de su nariz, una zona de la frente donde caen unas puntas de un mechón de pelo, unas cejas castañas, ni gruesas ni finas, perfectas. Y esos ojos verdes… Su mirada es la misma, como si la hubiera estado viendo durante toda mi vida; como si la reconociera de haberla visto en vidas anteriores. Y, en este preciso instante, percibo que las pupilas de la ilustración también me están mirando, fijas en mis ojos.

Es igual a observar el amor en su pureza. A esa inocencia que no ha sido corrompida.

No puedo apartar la vista. Me hace revivir lo que sentí cuando estuve frente a él, hace una semana.

Deslizo el dedo por el retrato, como si estuviera retirando los residuos del lápiz esparcidos por la ilustración, cuando en realidad lo que estoy haciendo es acariciarlo.

Lo hago al ritmo de una nueva versión de la canción *Kamin* de Emin & Jony. La escucho cada día, en bucle.

Le tomo una fotografía a la ilustración, ya finalizada, para llevarla conmigo en el teléfono y salgo de casa.

Mi amiga Lucía y yo entramos en la cafetería que está cerca del Museo de Arte de Seattle. Le propuse venir aquí para despedirnos, ya que en unas horas tomaré un avión con destino a España, para pasar el fin de año con mi familia.

Me vine a vivir a Seattle a los veintiséis años, hace tres veranos, para estudiar un Máster en

Ciencias Económicas, y decidí quedarme aquí.

Lucía es Argentina, de Buenos Aires, y nos hicimos grandes amigas en cuanto nos conocimos el primer año.

—Te vamos a echar de menos en fin de año… —me repite, haciendo pucheros.

Sonrío.

—Solo estaré fuera nueve días. Podremos celebrarlo a mi regreso. Pero ya sabes que este año necesitaba viajar a España, y por fin conseguí las vacaciones.

—Lo sé. Yo he decidido que visitaré Argentina el próximo verano. Hace más de un año que no voy.

Asiento con la cabeza y desvío la mirada hacia afuera.

Me he sentado en un lugar estratégico.

De nuevo, reviso a ambos lados de la carretera para comprobar el lugar, y, por supuesto, que *él* no está.

Hoy tampoco.

Clavo la vista donde el motorista se detuvo y me ayudó a ponerme en pie. Donde le di un beso de agradecimiento en su casco.

El barullo del tráfico se oye muy flojo desde el interior de la cafetería y se camufla aún más cuando escucho las inquietantes palabras de Lucía.

—Puede que ir a España te siente bien. —La miro con el ceño fruncido—. Llevas viniendo a este lugar desde el domingo pasado, a la misma hora en la que lo viste. ¿No crees que deberías tirar la toalla? El motorista no regresará. Es muy probable que el chico no viva por aquí y que el otro día pasara por casualidad.

—Las casualidades no existen, Lucía —le replico, segura, pero con un rastro de resignación.

—Puede que no, pero a las pruebas me remito con lo que digo, Ellie. Ha pasado una semana y ninguno de estos días que has venido lo has vuelto a ver —me responde, señalando hacia la zona del semáforo donde nos tomaron la fotografía.

Bajo la mirada.

Nadie puede entenderme.

No soy una chica que se obsesione con las cosas, y mucho menos con las personas. Siempre digo que lo que es para ti, nadie puede quitártelo, y lo que no lo es, por mucho que lo persigas, jamás lograrás atraerlo. Todo lo contrario.

Pero esto es diferente. Él era diferente. Nunca, en esta vida, había sentido algo así. Digo «en esta vida» porque estoy segura de que en otra sí que lo sentí. Lo volví a revivir cuando él me sujetó por la cintura. Fue como si, ese día, una energía invisible, un hilo, me hubiese arrastrado hacia la carretera para que él pudiera salvarme la vida.

La forma en la que me miró me confirmó que él también me reconocía. Lo hizo como si yo siempre hubiese estado en el fondo de su corazón; clavada allí, a fuego.

Esto reafirma mi pensamiento de que el amor es la potencia mundial, es el motor del Universo.

Y, por más que solo tú lo experimentes y sea un amor no correspondido, sigues siendo tú quien lo siente, aunque sea a través de otra persona. Por esto mismo, ese amor es tuyo. Te pertenece. Tú eres el afortunado porque eres quien percibe ese sentimiento, esa sensación extraordinaria que te lleva a caminar por encima de las nubes…

Y no tengo duda alguna de que una persona puede estar enamorada de lo que sea, de tu trabajo, de tu vida, de la gente que te rodea, o… incluso, de esa persona con la que no has hablado nunca. Simplemente habéis conectado vuestras energías y esa experiencia ha sido lo que

más te ha llenado de todo lo que hayas podido experimentar antes.

Pero, ¿cómo explicárselo a alguien que nunca ha vivido en sus propias carnes algo parecido?

Tampoco espero que Lucía me entienda, ni que nadie más lo haga. Solo sé lo que yo sentí, y puedo asegurar que fue… la esencia pura de la palabra amor.

Dejo salir un suspiro y miro el reloj. Debo irme ya para llegar a tiempo al aeropuerto.

—Te quiero mucho, ¿lo sabes?, ¿verdad? —me dice Lucía.

Vuelvo a sonreír.

—Claro que lo sé. Yo también te quiero mucho a ti.

—Este martes no podremos pedir un deseo, como hicimos el año pasado.

La noche de fin de año a la que se refiere, Lucía y yo nos cogimos de la mano, pedimos un deseo juntas y dijimos que volveríamos a repetirlo al año siguiente. El motivo fue que a las dos se nos cumplió el deseo.

El mío fue conseguir un contrato indefinido en mi trabajo. El de Lucía, llegar al millón de seguidores en sus redes sociales.

—Lo podremos hacer igual, pero desde la distancia —le propongo.

Se ríe y se le iluminan los ojos.

—*Che*. Genial. Así haremos, amiga.

Ellie

Tres meses después

Hoy he tenido un día horrible. Comenzó con veinte minutos de retraso porque el despertador no sonó, o quizás no lo escuché. Llegué al trabajo justo a la hora, y odio ir con el tiempo contado; parece que todo fuera más acelerado. Así transcurrió el resto de la jornada. También tiré un café. Por suerte, solo manché mis pantalones, y al menos eran oscuros.

«Necesito respirar».

Eso es lo que le dije a mi amiga Lucía, y ella propuso que viniéramos a pasar la tarde al Washington Park Arboretum, nada más salir del trabajo.

Es donde nos encontramos ahora.

Lucía sabe lo mucho que me gusta pasear por este parque. Me relaja, y hoy parecía necesitarlo más que nunca.

Durante el paseo, me ha estado contando el último cotilleo de su oficina. Al parecer, el jefe se ha enrollado con una de las empleadas y están valorando si despedirlo o no.

Pasar el rato con ella me estaba ayudando a olvidar el desastroso día que he tenido, pero la sensación de que no mejorará del todo regresa justo en el momento en que cruzamos el puente de madera… y la veo tirada en el suelo.

—No me lo puedo creer… —digo con la angustia en la garganta, corriendo hacia ella.

—¿Qué es? —me pregunta Lucía.

El estómago se me retuerce y rezo para que todavía esté viva.

—Es una ardilla… —la cojo y la acuno entre mis manos. Noto en mis dedos su helada temperatura— no, no, no.

—Joder, Ellie, está tiesa.

Los ojos se me empañan. Tiene un golpe en la cabeza y una mancha de sangre. O se ha golpeado con algo, o alguien la ha golpeado.

—Está muerta… —pronuncio mi pensamiento en un susurro.

—Déjala donde estaba.

—No.

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Se la comerán.

Lucía me mira con fijeza, intentando leerme la mente.

—¿Y qué quieres hacer?

—Enterrarla.

Mi amiga revisa a nuestro alrededor. No hay nadie cerca. Habitualmente el parque está poco transitado, sobre todo a esta hora de la tarde, que apenas son las cinco.

Nos pasamos más de media hora buscando algo con lo que hacer un agujero en el suelo, y un lugar que estuviera un poco resguardado.

Lo encontramos en una zona arbolada.

La siguiente media hora la pasamos en silencio, observando el suelo y la tierra removida donde habíamos enterrado a la ardillita.

Puedo sentir los granos de tierra bajo mis uñas, partículas que parecen formar parte de la muerte que tenemos frente a nosotras, ahora en un descanso y silencio doloroso.

No entiendo qué pretende mostrarme el universo con este día tan desastroso.

Necesito que acabe de una vez.

—Venga, salgamos del parque —me propone Lucía.

—¿A dónde vamos?

—Te invito a cenar.

—Después de esto, no me apetece comer nada.

—Cuando estemos allí, me lo dices.

Lucía me ha traído a donde sabe que quería ir: *a la cafetería*. Esa a la que tantas veces venimos, en la calle del Museo de Arte de Seattle.

La calle del motorista.

Aquí preparan una variedad de platos tipo *lunch* deliciosos, además de tener un café excelente y unos dulces irresistibles.

Cenamos croquetas y tacos de salmón braseado. Compartimos los platos, porque aunque todo está exquisito, mi estómago sigue encogido.

Cuando terminamos, pedimos unas infusiones para llevar y tomarlas mientras caminamos.

Estoy deseando salir fuera.

Algo sigue comprimiendo mi estómago, pero esta vez de otra forma distinta.

Salimos a la calle y respiro hondo.

Comenzamos a caminar, pero el sonido metálico de un tubo de escape atrae toda mi atención, y dirijo la mirada hacia él.

Me quedo atónita.

La moto.

¡Es su moto!

¡Es el motorista!

Se dirige hacia el semáforo, y al ver que está en verde, acelera a fondo, dejando marcas con las ruedas en la calzada.

—¡Es él! —grito, señalando la moto que se aleja a toda velocidad por la vía— es él.

Mi voz pierde fuerza, se me quiebra.

Era él…

—Ellie, no te ha dado tiempo de comprobar si de verdad era él o no.

—Sé que era él, Lucía, lo he sentido antes de verlo.

Me es imposible controlar mi cuerpo, que actúa por su cuenta. Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas.

¿Por qué?

¿Por qué no salí dos minutos antes?

¿Por qué no se giró hacia nosotras? ¿Por qué…?

Me derrumbo.

—Ellie, por lo que más quieras, no te pongas así —me dice Lucía, abrazándome. En ese instante, rompo a llorar. Su abrazo me reconforta, aunque no es suficiente—. Sé que has tenido un mal día, pero… deberías hacer lo mismo que yo decidí cuando comenzó este año.

No sé a qué se refiere. Me separo de ella para mirarla, y me ofrece un pañuelo para que me suene la nariz. Lo acepto.

—¿El qué? —le pregunto.

—Aplicar La Tercera Ley de Newton —frunzo el ceño, confundida—. La Tercera Ley de Newton manifiesta que debes dejar algo atrás para poder avanzar…

Trago saliva.

—Lucía… —¿cómo podría explicárselo? No lo va a entender.

Nadie puede…

Lo he vuelto a sentir; he podido percibirlo a solo unos metros de distancia.

—Tienes que continuar con tu vida, Ellie. No deberías seguir viniendo a este lugar para alimentar más la esperanza. ¿No ves que eso no te hace bien? Solo te estoy dando un consejo de lo que yo haría porque te quiero y no me gusta verte así.

Otra lágrima se desliza por mi barbilla.

Desvío la mirada hacia la vía, por donde el motorista se ha alejado.

Lucía me coge la mano y sigue hablando.

—Tienes que ser fuerte. Yo estaré a tu lado, pero creo que deberías dejarlo atrás…

La miro a los ojos y asiento, mintiéndole en el proceso. Pero está preocupada por mí, y no quiero que esto le afecte también.

—Vayámonos de aquí.

Ellie
Diez meses después

La música suena como un eco lejano, aunque estoy en el centro de la pista de baile. A mi alrededor, las personas son solo sombras danzantes. Cada una de ellas debe tener un propósito, un motivo que las impulsa, ese que la mayoría de nosotros pasamos la vida buscando. Las siluetas a mi alrededor se transforman en personajes de una película que observo desde afuera. En la pista, todos parecen divertidos. Felices. Bailan, sonríen, bromean entre ellos. Me detengo a mirar a una pareja que se besa. ¿Será ese beso para el amor de su vida?

No lo creo.

El amor de tu vida no debería sujetarte del brazo de esa manera.

Debería hacerlo…

No sé cómo, pero no así.

Un grupo de amigos llama mi atención con sus carcajadas. Parecen estar viviendo la mejor noche de sus vidas, pero me pregunto si, cuando lleguen a sus casas de madrugada, seguirán sintiéndose así de felices. O si *la realidad* les golpeará, como nos golpea a todos antes de dormir.

—Ellie, ¿estás aquí?

La voz de mi amiga Inara me arrastra de inmediato al presente.

—Eso parece —respondo.

—Voy un momento al baño con Lucía, pero te dejamos en buenas manos. —Me señala a su amigo Aaron, con quien ha estado charlando toda la noche—. Deberías darle una oportunidad, es un gran tipo.

No me da tiempo de decirle nada; las dos ya se han perdido entre la multitud.

—¿Qué tal, Ellie? ¿Te lo estás pasando bien? —Aaron se inclina hacia mi oído para hablarme.

—Sí. —Miento porque sé que es la mejor respuesta *parachoques* para evitar explicaciones. Es la misma que se dice cuando alguien te pregunta «¿estás bien?» Y, en realidad, no lo estás. Estoy segura de que la mayoría de las personas que responden lo mismo tampoco lo sienten de verdad—. ¿Y tú?

—También, pero… —Apoya una mano en mi brazo y tira suavemente de mí, acercándome a él. No me esperaba este gesto. Nos conocemos desde hace aproximadamente un año y siempre había mantenido las distancias—. Me gustaría hacer algo que llevo mucho tiempo pensando.

Lo miro a los ojos.

—¿A qué te refieres…?

Aaron se acerca con cuidado, intentando besarme, pero lo evito apoyando las manos en su pecho. Lo tiene firme, fruto de años jugando al fútbol y manteniéndose en forma.

—Lo siento —dice, soltándome el brazo—. No quería incomodarte. Solo pensé que tú y yo…

Se interrumpe a sí mismo.

—Tranquilo, Aaron. No es que no me parezcas guapo… es solo que… No estoy teniendo una buena noche, supongo.

No eres el chico que yo quisiera…

—Está bien —responde con un gesto despreocupado, restándole importancia, lo cual agradezco—. ¿Te gustaría que quedáramos alguna tarde a solas? Podemos dar un paseo, charlar… o ir al cine.

—No lo sé… —Lo miro en silencio, valorando su propuesta.

¿Por qué no quiero quedar con él? ¿A qué estoy esperando?

—No… no te preocupes. Si algún día te apetece, solo tienes que llamarme.

Acepto, con un movimiento de cabeza, y me siento como una boba. Podría aceptar su invitación. Podría enrollarme con él; es un buen chico, pero, en el fondo, sería solo eso: liarme con alguien, sin más, por sentir el contacto físico de otro, como tantas veces antes.

Sin embargo…

Él no es esa persona.

No es quien, con solo cogerte de la mano, provoca que un hormigueo te recorra todo el cuerpo.

No es quien acelera tu corazón y te transforma fuera del tiempo y el espacio.

Yo quiero a esa persona.

Ya no me conformo con estar con alguien sabiendo que, al final, seguiré sintiendo esto… Este vacío.

Tal vez sea porque ya no tenemos quince años, pero cuando decidimos irnos a casa a las tres de la madrugada, sentí que éramos demasiado mayores para esto.

Tomé un camino distinto al del resto. Decidí ir andando, ya que no vivo lejos, pero, en algún punto, mis pies tomaron otro rumbo por sí solos. Y ahora me doy cuenta de que, una vez más, estoy aquí. En la calle del Museo de Arte de Seattle.

¿Por qué he venido hasta aquí?

Ha sido inconsciente. Son las tres y treinta y tres minutos de la madrugada y, en lugar de irme a casa a descansar, mis pasos me han traído de vuelta a este lugar.

Me siento en el gran peldaño de una tienda y me abstraigo, contemplando la carretera.

Los vehículos pasan cada varios minutos. El aire frío acaricia mi rostro. Cierro los ojos y, por un instante, todo está en calma.

¿Qué sentido tiene todo esto?

La vida.

¿Qué aporto yo a este mundo?

A veces siento que mi vida transcurre como una película en la que solo soy una espectadora. Y ni siquiera sé hacia dónde va la historia.

El sonido de una moto se acerca y, de inmediato, abro los ojos y me pongo en pie.

Es negra, pero en su lateral lleva estampado el rostro de una chica de anime con los ojos rojos. El motorista se detiene en el semáforo y me quedo mirándolo.

Miles de motoristas recorren Seattle cada noche. Pero yo solo espero ver a uno…

Alzo la vista y me encuentro con un cielo extraño estrellado. No suele haber tantas estrellas en esta ciudad. Son pequeños destellos de esperanza surgiendo de una inmensa oscuridad.

¿Debería aplicar la tercera ley de Newton, como me recomendó Lucía?

Sí… Empiezo a pensar que debería hacerlo. No creo que seguir así sea saludable.

Aun así, no puedo evitar preguntármelo: ¿lo volveré a ver alguna vez más? ¿O nuestras vidas jamás volverán a cruzarse?

La respuesta sigue siendo la misma: vacío…

Y debo aprender, de una vez por todas, a vivir con eso.

Debo priorizarme, enfocarme en mí y seguir haciendo lo que me gusta.

Disfrutar del tiempo con mis amigos. Del trabajo.

De esta vida…

Ellie
Un año después

Lo he conseguido. He ganado el premio de economía de la empresa donde trabajo, un reconocimiento que anhelaba desde hace tiempo. Todo el esfuerzo y sacrificio han valido la pena. La recompensa no es solo una bonificación económica para desarrollar un proyecto independiente durante seis meses, sino también un gran impulso para mi currículum. Sin mencionar, por supuesto, la mejora salarial que recibiré.

Mi jefe me ha dado el resto de la tarde libre para que lo celebre, pero en realidad, no tengo ganas de hacer nada en particular. Me basta con la satisfacción de haberlo logrado.

Tomo un taxi y le indico al conductor que me lleve al centro. He decidido darme un regalo.

Observo la ciudad a través de la ventanilla, absorta en pensamientos sobre el premio, cuando, de pronto, siento un vuelco en el corazón. Estamos cerca de *aquella calle*.

—Disculpe, ¿puede dejarme aquí? —le digo al conductor, con urgencia.

Bajo del taxi y camino hacia el Museo de Arte de Seattle, recorriendo la calle como si hiciera años que no pasara por allí.

Hace dos meses que no venía, cuando antes lo hacía casi a diario.

Decidí alejarme por mi bien, y lo cierto es que necesitaba este respiro. Ahora todo se siente diferente. Aunque no puedo engañarme: aún noto ese hormigueo en el estómago.

Parece que el tiempo no hubiera pasado.

Un año.

En este tiempo he cambiado, pero sé que el recuerdo jamás desaparecerá.

Saco el móvil y busco en mi fototeca la ilustración que hice de su rostro, el del motorista.

Mi cuerpo entero reacciona en cuanto veo la imagen.

Desvío la mirada hacia la calzada y respiro hondo, pero el aire se me corta de golpe.

Me paralizo. Sujeto el teléfono con fuerza para que no se me caiga.

No puede ser.

Parpadeo varias veces, tratando de aclarar la vista, asegurándome de que no es una alucinación.

¡Es su moto!

Está estacionada al otro lado de la acera, en el mismo lugar donde me dejó en pie después de salvarme la vida.

El semáforo cambia a ámbar para los conductores. Corro hasta el paso de peatones y, en cuanto la luz se pone verde, cruzo rápido.

El corazón me late como nunca antes.

Me detengo frente a la moto y la examino, boquiabierta. Rebusco en mi teléfono la foto que nos hicieron mis amigas aquel día. Necesito verificar que sea la misma.

Me tiembla el pulso, pero la encuentro enseguida.

Sí. Sí que es. Es la misma moto. Las mismas líneas blancas recorren la carrocería.

Sería demasiada coincidencia que otra moto idéntica estuviera estacionada exactamente en este lugar.

Lo sería, ¿verdad?

Me quito el chaquetón, tengo calor y me arde la piel. Tengo taquicardias, como si el corazón quisiera salirse de mi pecho.

El dueño de la moto tendrá que volver a por ella. No pienso moverme hasta que aparezca.

Han pasado dos horas. Decido entrar a la cafetería de siempre para ir al baño —lo más rápido que puedo— porque ya no aguanto más. Antes de salir, pido un café para llevar. Respiro hondo mientras me acerco de nuevo a la moto. Sigue en el mismo lugar.

Tres horas ya.

¿Y si la deja aquí toda la noche?

Me ajusto el chaquetón; el frío empieza a calarme los huesos. De repente, algo se mueve por mis pies.

Es un perrito, un cachorro.

—Perdona, aún es muy pequeño —se disculpa su dueña, agachándose para apartarlo con suavidad—. No entiende que no debe invadir el espacio de los demás.

Le habla con ternura mientras lo regaña. Sonrío.

—Tranquila, no me molesta. Es precioso. ¿Cuánto tiempo tiene?

—Dos meses.

Me agacho y le acaricio.

—¿Cómo se llama?

—Chiqui.

—Hola, Chiqui —le sujeto con cuidado el hocico—. ¿Puedo cogerlo?

—Claro —responde la chica, risueña.

Lo alzo en brazos y no puedo evitar olerlo. Me encanta el aroma de los cachorros. Chiqui empieza a darme lametones por la barbilla con su diminuta lengua.

—Chiqui, no hagas eso —le reprende su dueña con dulzura.

Río y lo dejo de nuevo en el suelo.

—Es precioso, y muy cariñoso. Cuídalo mucho.

—Lo haré —responde ella, feliz—. Vamos, Chiqui. Por hoy ya has tenido suficiente calle.

Lo observo alejarse con una sonrisa plasmada en mi rostro. Pero, inmediatamente, me quedo estupefacta. Unos ojos aparecen en mi campo visual.

Verdes.

Los mismos ojos que dibujé. La misma mirada intensa que capturé en mi ilustración.

Son los ojos del motorista.

Los reconocería entre millones. Un escalofrío me recorre desde los pies hasta la nuca.

El chico no lleva puesto el casco, y me resulta imposible apartar la mirada. Sus ojos verdes siguen fijos en los míos, exactamente igual que aquel día.

La energía vuelve a estar aquí.

Esa sensación que recorre cada célula de mi cuerpo, envolviéndolo todo en una oleada de electricidad y vértigo.

Se acerca.

Y, por primera vez, escucho su voz:

—Hola. Por fin te encontré…

Kiran

Reencuentro

Sus ojos color almendra. Por eso llené mi casa de almendras. Almendras en la cocina, en el comedor, en el estudio y, por supuesto, en mi dormitorio. El día que la vi, tuve que levantar la visera del casco para apreciarlos bien. Mirarla fue como encontrar *eso* que llevaba siglos esperando. Puede parecer una obsesión. Tal vez lo sea. Me da igual. Estoy aprendiendo a aceptarlo. Hace tres meses que le salvé la vida a la chica de ojos color almendra y labios redondos. Aquellos labios besaron mi casco, y ella ni siquiera imagina lo que me provocó.

En ese instante lo supe: ella era el amor de mi vida. El amor que había esperado toda mi existencia. Lo supe porque jamás había sentido algo así. La necesidad de quedarme para siempre. La certeza de estar exactamente en mi centro.

Electricidad…

Aquel día, no sé si fue el instinto o el destino lo que me llevó a tomar esa calle cuando iba de camino a una reunión. Una energía extraña me hizo girar la cabeza justo a tiempo para verla.

La chica de ojos color almendra cruzaba la carretera sin mirar.

Y aceleré.

Aceleré todo lo que pude para alcanzarla.

¿He logrado borrar esas escenas de mi cabeza?

Por supuesto que no.

Y no hay un solo día en el que no me arrepienta de no haberle pedido su número de teléfono.

Ahora solo me queda la esperanza.

Tener fe.

Cada vez que tengo la oportunidad, doy un rodeo por la ciudad para volver a pasar por aquella calle, por si el destino hace que me tope de nuevo con ella. Pero hoy tampoco ha habido suerte.

Ni a la semana siguiente.

Ni al mes siguiente.

Hace medio año que le salvé la vida a aquella chica y sigo pasando por la misma calle. Me digo a mí mismo que no me cuesta nada desviarme un poco; pero esa excusa ya me ha hecho llegar tarde a más de una reunión de trabajo.

Y sigo sin encontrarla.

Después de diez meses, debo admitirlo: tengo un presentimiento. Cada día que he transitado por esta calle, he sentido esa chispa en el estómago, la esperanza de volver a encontrar a la chica de ojos color almendra. Seguro que, después de todo este tiempo, le habrá crecido el pelo… pero hoy es distinto. Hoy percibo otra energía.

Llego a la calle y aflojo el gas al mínimo, como siempre hago cuando paso por aquí. Los coches detrás de mí tocan sus bocinas, pero los ignoro. Me detengo unos segundos, guardando una distancia prudencial con el coche de delante, esperando a que el semáforo cambie a verde. Reviso a mi alrededor con la extraña sensación de que alguien me está observando.

El semáforo cambia. Acelero. Y, de repente, mis ojos son atraídos hacia el interior de una cafetería. El corazón casi se me sale del pecho.

Es ella.

Parpadeo.

No he podido verla bien. Tal vez me lo he imaginado.

No, joder. Era ella.

Cabello castaño. Ondulado. Más largo. Y no estaba sola.

Cruzo el semáforo y acelero a fondo. Esquivo los coches con precisión milimétrica, pasando a pocos centímetros de ellos, como si estuviera en la final de una carrera. Daré la vuelta a la manzana y estacionaré enfrente.

Entraré a esa cafetería.

¿Y qué le digo? ¿Que soy el chico que le salvó la vida hace diez meses y que no he podido quitármela de la cabeza?

No.

Suena enfermizo.

Que pasaba por casualidad y la he reconocido.

Sí.

Eso.

Y que me gustaría conocerla.

¿*Me darías tu teléfono, chica de ojos color almendra*?

Tengo almendras por toda mi casa.

Dios mío…

La he encontrado.

«*No cantes victoria. Puede que no sea ella*».

Sí, sí que lo es. Maldita sea. Lo sé.

Tardo más de lo que me gustaría. Podría haber dejado la moto en la siguiente acera e ir caminando, pero quiero tenerla a la vista, ya que aquí no se puede estacionar.

Subo con la moto a la acera, con los nervios serpenteándome por el cuerpo. La dejo allí, y entro a la cafetería.

Miro hacia la mesa junto al gran ventanal.

Vacía.

Solo hay dos tazas de café y platos con restos de comida. Me quedo estático y siento el pulso en los oídos.

Entonces, lo siento.

Una presión en la nuca.

Una mirada clavada en mí.

Me giro y veo a la camarera acercarse a la mesa para recoger las tazas.

Doy un paso hacia ella.

—Discúlpame.

La camarera se gira hacia mí y me dedica una sonrisa profesional.

—Sí, dígame.

—Las… las dos chicas que estaban en esta mesa. ¿Sabe quiénes eran?

Su expresión se torna amable pero confusa.

—Oh, no, lo siento. ¿Las conocía?

—Sí, bueno, más o menos. Respiro hondo. Necesito —porque lo necesito de verdad— contactar con una de ellas. La que tenía el pelo castaño y ondulado. Estaba sentada justo aquí… —le indico la silla vacía.

—Lamento decirle que no puedo ayudarle. Por aquí entra y sale mucha gente todos los días. Además, hoy he cambiado mi turno para suplir a un compañero, así que no suelo estar en este horario. Lo siento mucho, pero no las había visto antes.

Trago saliva.

Mi corazón se encoge un poco más con cada palabra, con cada segundo que pasa.

—Está bien, no se preocupe. Gracias de todas formas. Ha sido muy amable.

Salgo.

Miro a ambos lados, aferrándome a la última chispa de esperanza.

No he tardado tanto. No pudieron desaparecer tan rápido. Pero no hay rastro de ellas.

Me giro hacia la cafetería, contemplándola con el ceño fruncido.

Tendré que venir aquí más a menudo.

Han pasado dos meses más. Estamos a veintidós de diciembre, el mismo día en que todo comenzó, hace un año.

Hoy estoy aquí otra vez.

Pero no de la misma forma.

He aceptado la posibilidad de que nunca más volveré a verla. Sé que tendré que vivir con ello.

No obstante, también sé que el recuerdo de aquel día me hace bien. Pasar por esta calle me proporciona cierta paz y bienestar. Es el motivo por el que decidí seguir haciéndolo cuando tuviera la oportunidad.

La diferencia hoy es que lo haré a pie.

Algo dentro de mí me dijo que dejara la moto —mal estacionada, por cierto— y fuera a mi reunión de trabajo en transporte público.

Ahora, al terminar la reunión, camino de regreso para recogerla. Y cuando estoy llegando, lo siento de nuevo. Ese nerviosismo extraño.

Algo dentro de mí se activa.

Me reclama.

Es una fuerza invisible, un hilo energético que me obliga a desviar la vista.

Entonces la veo.

A pocos metros, dos chicas conversan. Una de ellas, la que está de cara a mí, sonríe mientras un cachorro en sus brazos le lame la cara. La chica mueve el animal ligeramente y, por un instante, deja el espacio suficiente para que pueda ver su rostro.

Su precioso rostro con esos labios redondos.

¡Es la chica de ojos color almendra!

Deja al cachorro en el suelo, y el pequeño animal se aleja, dando saltitos, junto a la otra chica con la que había estado charlando.

Me aproximo a ella y, como si ese hilo del que hablaba existiera de verdad, sus ojos color almendra se giran, atrapando los míos. Se clavan en mí, como dos imanes.

La atmósfera se llena de luz. O quizás me lo estoy imaginando.

Creo que estoy delirando.

Pero no.

Vuelve a ocurrir.

Vuelvo a sentir esa chispa que parecía estar apagada dentro de mí. Algo se activa, y, de nuevo, me siento completo. En mi centro. De una forma distinta a como había sido hasta ahora.

Exactamente como lo sentí aquella tarde.

Doy un paso más, quedando frente a ella. No puedo apartar la mirada.

Sus ojos me tienen atrapado.

Y, finalmente, le hablo.

Le advierto, con una sensación visceral:

—Hola. Por fin te encontré… de nuevo. Y esta vez no te dejaré marchar.

Ellie
El sueño

Un sonido me despierta de golpe. Abro los ojos y me encuentro en mi dormitorio. Enciendo la luz y cojo el teléfono. Lo primero que me deja en shock es ver la fecha: hoy es domingo, veintidós de diciembre de dos mil veinticuatro.

Domingo.

«Dos mil veinticuatro».

Me siento en la cama, aturdida, mientras miro a mi alrededor.

Sí, este es mi dormitorio.

Reviso la fecha de nuevo; un vacío enorme se apodera de mi cuerpo: seguimos en veintidós de diciembre.

¡Todo ha sido un sueño!

Ahora que lo había encontrado.

Un nudo se me forma en el estómago.

¿Realmente ha sido un sueño?

¿Cómo pude sentirlo tan intensamente?

Fue real.

Lo que sentí fue lo más sólido y concreto que he experimentado jamás.

Pero, no. No ha sido real.

Y, al parecer, tampoco he ganado ningún premio.

No logro concentrarme en nada. Paso el día mirando el reloj, con la sensación de que esto no puede ser posible: que esté viviendo, de nuevo, el mismo día.

¿Los sueños pueden parecer ser tan reales?

Sí, por supuesto que sí.

Lo primero que decido hacer es escribir a mis amigas para cancelar la cita que tenía con ellas. No recuerdo bien por qué fuimos —en mi sueño— a aquella calle en la que casi me atropella un coche. Pero hoy… necesito estar sola.

Después de dar mil vueltas a la cabeza, elijo ir a la calle del Museo de Arte de Seattle.

No puedo no hacerlo. Y es cierto que he pasado por allí muchas veces, pero en mi sueño era como mi segunda casa.

Cuando llego, me decepciono un poco. El lugar no es exactamente como lo recordaba, como lo visualicé en mi sueño. Sin embargo, me sorprende ver que la cafetería sí es igual.

Supongo que se quedó grabada en mi mente las veces que pasé por aquí, y la reproduje tal cual.

Decido entrar a la cafetería y comer allí.

Por supuesto, me siento en la misma zona estratégica, sin apartar la vista del lugar exacto

donde me encontré con el motorista, aquel día.

Este mismo día de hoy…

Creo que necesito ir al psicólogo.

No debería contárselo a nadie. Me tomarán por loca.

Es posible que realmente lo esté.

Me siento extraña al estar aquí, como si llevara un año entero viniendo a este lugar.

Algunas veces he tenido sueños que me han dejado sensaciones persistentes durante horas después de despertar. Supongo que ahora me sucede lo mismo, porque siento que realmente he estado en esta cafetería y que me he sentado en esta misma silla cientos de veces.

Mientras como, reviso mis redes sociales, pero la realidad es que no les presto demasiada atención. Mi mirada se desvía constantemente hacia la carretera.

Motos pasan de largo. Ninguna es la que espero.

Los semáforos cambian de rojo a verde, de verde a rojo de nuevo.

Nada.

Miro el reloj. Llevo horas aquí y ya van dos cafés con leche. No sé qué más pedir para seguir haciendo tiempo ni por qué sigo esperando.

Comienza a anochecer y decido que es momento de despertar, de verdad. Sin embargo, la sensación que me ha acompañado desde que entré aquí no ha desaparecido en absoluto.

Es hora de olvidar.

«La tercera ley de Newton…».

Me levanto y me despido de la camarera, que me observa con una expresión preocupada. Tal vez crea que estaba esperando a alguien y que me han dejado plantada. Supongo que, después de mi comportamiento de hoy, es una suposición comprensible.

Salgo a la acera y el viento me golpea de lleno. La capucha de mi abrigo se desliza sobre mi rostro, cegándome por un instante, y choco contra algo sólido.

—Lo siento —alguien se disculpa.

—No, discúlpeme a mí, yo… —Me aparto la capucha y las palabras se me quedan atrapadas en la garganta cuando lo miro a los ojos.

Desvío la vista hacia su mano.

Sujeta un casco negro con letras blancas.

Vuelvo a mirarlo.

Tiene los mismos ojos verdes.

¡Es él!

Siento un escalofrío recorrerme la espalda mientras el vello de mi piel se eriza.

Es el motorista de mi sueño.

—Tú… tú, ¿tienes una moto? —mi voz tiembla.

Él alza una ceja, incrédulo. Por un instante me quedo en blanco, hasta que su labio se curva en una sonrisa. Una sonrisa deliciosa.

Es guapísimo… más de lo que había imaginado. En mi sueño nunca llegué a ver su rostro por completo.

—Sí, tengo una moto —responde.

—Y… ¿es negra?

—Sí…

Sonrío.

No puedo creerlo. No sé si continúo soñando y aún no he despertado. Me pellizco el brazo con disimulo, como si eso fuera a ayudarme a distinguir si esto es real o no.

—Perdona, ¿nos conocemos? —me pregunta. En serio no sé qué responder. Lo único que se me ocurre es encoger los hombros con un gesto de duda. Me regala otra sonrisa y me tiende la mano a modo de saludo. El olor a cuero de su cazadora se cuela por mis fosas nasales y se instala en mi pecho—. Me llamo Kiran.

Le estrecho la mano mientras él continúa hablando.

—Si tienes tiempo… ¿te gustaría dar una vuelta en mi moto y charlar un rato?

Sigo sin decir nada, contemplándolo. Entonces, como si sintiera la necesidad de justificarse, añade:

—Ya sé que suena extraño. No soy un psicópata, ni nada por el estilo, pero…

Se interrumpe.

—Continúa —lo animo, recuperando la voz.

—Siento que te he visto antes. No sé dónde, pero sé que nos conocemos.

Vuelvo a estar allí. No sé dónde es, pero no es este mundo.

Es paz.

Es dicha y felicidad plena, envuelta en luz.

—Yo también lo creo. Que nos conocemos de algo —susurro. A través del contacto de nuestras manos, siento la energía vibrando entre nosotros, traspasándonos—. Me llamo Ellie —añado—. Y sí, acepto tu invitación.

Él sonríe. Por un instante, parece dudar si soltarme la mano o no, pero finalmente lo hace y acto seguido mueve la cabeza, invitándome a caminar a su lado.

De los bolsillos de su cazadora saca unos guantes negros de piel y se los pone con calma.

«Los guantes».

Definitivamente, esto es lo más parecido a vivir dentro de un sueño.

¿Es posible estar atrapado en un sueño… dentro de otro?

Fin

Nota de la autora

Esta obra nació como un pensamiento fugaz que quise compartir con todos vosotros. Si os ha gustado y os habéis quedado con ganas de más, podéis leerme en otras de mis obras. Aunque os advierto… son muy diferentes. Más oscuras. Muchísimo más oscuras…

Dicen que el que avisa no es traidor.

Un fuerte abrazo,
Verónica Garey.

Sinopsis

¿Y si existiera una leyenda distinta?
Una que trasciende dimensiones.
Un vínculo que desafía el espacio y el tiempo.
Algunos destinos podrían estar unidos por un hilo invisible; mas, ¿y si ese hilo fuera dorado?
Esta es la historia de un encuentro inevitable: el de Ellie y Kiran.

Otras obras de la autora

Serie Legatum *(*Spin Off *de la* ***Trilogía Supernova)***

Primer libro de la serie:

Sangre Prohibida



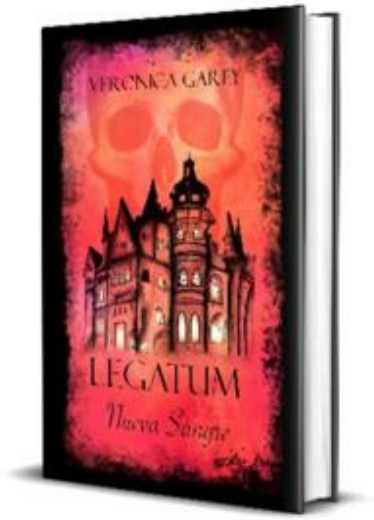
Segundo libro de la serie:

Sangre Renegada



Tercer libro de la serie:

Nueva Sangre



Trilogía Supernova:

Supernova Delta



Supernova Miscelánea



Supernova Reminiscencia



Libro independiente:

Deseos Saciados

